Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

5 Cuestiones de método: el umbral de la conciencia política



Suplemento especial de
Página/12

Hay algo muy delicado en todo esto. Requiere una rigurosa atención. El historiador marxista (célebre, colmado de prestigio) Eric Hobsbawm escribió un libro sobre los que llama *rebeldes primitivos*. Tiene algunos años y alguna vez, en otra parte, me ocupé de él. Pero se reedita como si sus verdades fueran eternas. Y, en verdad, no critico que se reedite. Sus verdades son dignas de ser siempre discutidas y analizadas, sean o no "eternas". Hobsbawm habla de los movimientos primitivos y encuentra en ellos una fase prehistórica de agitación social. Serían nuestros migrantes. Preguntemos: ¿por qué son primitivos? Porque no han traspasado "el umbral de la conciencia política". ¿Cuál es ese umbral? ¿Qué elementos lo constituyen? Tienen que ser tramados por relaciones de producción capitalistas. O sea, un movimiento deja de ser "primitivo" cuando el capitalismo se hace cargo de él. Toda rebelión social será ahora superior. El esquema sigue al de Marx. Lo moderno es la occidentalización. "En suma: los movimientos primitivos sólo pueden trasponer el umbral de la conciencia política en la medida en que sean penetrados por las fuerzas y relaciones de producción capitalistas y sus ideologías de avanzada" (J.P. F., *Estudios sobre el peronismo*, Legasa, 1983, Buenos Aires, p. 27). Lo que Hobsbawm llama "ideologías de avanzada" son, sin más, el socialismo. En Europa, el socialismo (el marxismo) es una "ideología de avanzada" del capitalismo pues éste lo produce. No habría marxismo o socialismo sin un desarrollo frondoso y suficiente del capitalismo que sea capaz de generarlo. La frase se presta a cierta confusión. Pero en esa "confusión" radica su más honda transparencia. El socialismo no es una "ideología de avanzada" *del* capitalismo. Es la ideología que viene a superarlo, a dejarlo atrás en ese movimiento dialéctico que Marx toma de Hegel y que es el *Aufhebung*: lo que supera conservando. *El socialismo es una "ideología de avanzada" del capitalismo pero ese "avance" significa que por él es que lo supera, lo reemplaza revolucionariamente*. De aquí se deduce que una sociedad que no haya desarrollado acabada, completa y totalmente su proceso capitalista no habrá de generar la ideología que, *surgiendo de él*, sea capaz de superarlo. He aquí la diferencia entre los movimientos políticos y los prepolíticos. Como los jóvenes migrantes del cuarenta recién llegaban del interior a formar parte de un capitalismo en cierne que los recibía para desarrollarse resulta claro que Hobsbawm y los rigurosos marxistas que habrán de manejarse con estos conceptos que Marx sistematiza tanto en el *Manifiesto* como en *El Capital* (no hay *corte* entre ambos libros dado que Marx cita textos del *Manifiesto* en *El Capital* dándolos como verdaderos y sin arrepentirse de ellos, motivo para el cual no tenía motivos) no podían sino ver en los "trabajadores nuevos" a protagonistas de un movimiento prepolítico, un mero pasaje del ámbito rural al ámbito urbano, que es la característica esencial de los movimientos populistas, que se distinguen por ser movimientos de *transclase*, tal como lo sería este peronismo de los inicios: de lo rural a lo urbano. De peones a proletarios. No poseedores aún de las ideologías de avanzada del proletariado moderno, estos migrantes primitivos no podían sino caer en manos del caudillo populista que los esperaba en la ciudad, con sus mejoras y sus sindicatos. He aquí –resumida y creo que bien resumida– la esencia de todas las posturas marxistas sobre el populismo peronista, que acabarán haciendo de éste una enajenación de la conciencia obrera por su inevitable carencia de conciencia de clase o por los resabios de *patronazgo* que, arrastrados del ámbito rural al urbano, los llevarían a entregarse a un *líder* en lugar de desarrollar una política autónoma. En suma, ideológica y políticamente es poco lo que cambia: se reemplaza al *patrón rural* por el *líder urbano*. No es que yo critique este esquema. Tiene puntos de verdad. Sobre todo aquel que nos permitirá explicitar la pasividad con que el Estado de Bienestar peronista constituye a su sujeto social. Esto lo veremos al ver los '70. El proletariado peronista ofrecía "la vida por Perón" *pero no le fue necesario arriesgar la vida ni por una sola de las cosas que el Estado peronista le dio*. El 1º de Mayo –fecha rigurosamente celebrada por el peronismo– se transformó en una *fiesta*. No en una jornada de lucha. No había nada por qué luchar bajo Perón o con Perón. *Perón cumplía*. La clase obrera recibía los frutos de su palabra verdadera.

O sea, en la medida en que se desarrollan las fuerzas de producción capitalistas crece la posibilidad del surgimiento y desarrollo de la conciencia política. Hobsbawm establece una linealidad histórica, muy de cuño marxista, una teleología, un necesario decurso histórico (algo que los posestructuralistas del estilo de Michel Foucault o, antes de él, Heidegger y luego los posmodernos se encargarán de aniquilar prolija y placenteramente). El decurso histórico que plantea Hobsbawm es el que sigue: *Desarrollo de las fuerzas productivas = desarrollo del capitalismo = desarrollo del imperialismo = surgimiento y desarrollo de la conciencia política del proletariado*. Esta conciencia política se estructura del siguiente modo.

ORGANIZACIÓN SINDICAL
Y COOPERATIVA

CLASE OBRERA INDUSTRIAL

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

PARTIDO DE MASAS .... Programa
Ideología

Esta es la *estructura básica* de una clase obrera *autónoma*. No lo fue la peronista porque su Organización sindical y cooperativa fue organizada desde el Estado. También su organización política al reemplazar al Partido Laborista por el Partido Peronista. Su Programa y su Ideología, al ser una clase obrera heterónoma, constituida *desde arriba*, en exterioridad, no son los suyos. Son los de la estructura bonapartista que tiende a la conciliación de clases bajo la tutela del Estado. Esto habría sido el peronismo. Notemos que el análisis es similar al que Marx hace con relación a las colonias. Es la racionalidad europea (encarnada por el desarrollo del capitalismo) la que permite, penetrándolos, que los movimientos pre-políticos traspasen el umbral de la conciencia política. El problema de este esquema es que hace, legalizándolo, del capitalismo una fuerza histórica de "civilización" que, al penetrar a la "barbarie", hará surgir al moderno proletariado que se liberará a sí mismo y, consigo, a las otras clases. Con estos esquemas se han seguido manejando los marxismos argentinos. Si no los revisáramos, si no los cuestionáramos, nuestra tarea no iría en busca del punto más hondo de la cuestión.

Me permitiré insistir en un punto teóricamente central: ¿estaban los migrantes del '43 capacitados para transformarse en el proletariado revolucionario que diseña Hobsbawm como fruto maduro del desarrollo capitalista? Hobsbawm habla del proletariado británico. Ahí, el capitalismo llevaba siglos de desarrollo. Ahí podía surgir un Marx y escribir –a pedido de la Liga de los Comunistas, en 1848– un *Manifiesto comunista*. Pero los migrantes recién llegaban a la urbe desde el interior rural. Recién salían del mundo feudal y llegaban al ámbito urbano. El que los recibió, el que les habló, el que los respaldó, el que les dio apoyo político fue Perón. Es verdad, los obreros no lucharon por sus conquistas. Se las dio Perón y por eso lo ungieron su líder. Pero todos los otros sujetos de ese país del '43/'45 –y si hacemos, creo que lo hemos hecho, un corte sincrónico de esa estructura, se ve más que claramente– estaban incapacitados para *inteligir*, para *comprender* a los migrantes. Para darles cobertura política. Se los ganó Perón. Que el "pueblo peronista" haya conquistado su identidad como un pueblo más acostumbrado a recibir sus conquistas del Estado benefactor que a luchar por ellas en contra de un Estado patronal burgués es *indubitablemente* cierto. Y tendrá enorme importancia siempre. Pero el coronel sindicalista no le arruinó la fiesta a nadie. No derrotó a ningún nucleamiento revolucionario, no le restó bases sociales a ningún encuadramiento clasista que tuviera una ideología de reemplazo al capitalismo agrario y ganadero de la oligarquía. ¿O la tenían Codovilla, Ghioldi o José Peter? No, esperaban órdenes de Stalin. Y Stalin se habría cortado un brazo antes de hacerle a Estados Unidos –su aliado– una revolución comunista en la Argentina. Así, los migrantes sólo lo tuvieron a Perón. De esta forma nació la clase obrera peronista. Con ese nacimiento nacieron –también– sus alcances y sus límites. Que la izquierda peronista ignoró en la década del setenta al creer que había ido más allá de ellos. Esos límites habían permanecido. El pueblo peronista buscó siempre el amparo del Estado, la conducción de su líder y –tal como Perón se lo señaló aun en medio de las coyunturas más terribles– sus *espacios de identidad y pertenencia* fueron siempre el trabajo y la casa. La consigna –dirá Perón en las jornadas más terribles del '55– es la de siempre: "De casa al trabajo y del trabajo a casa". También el 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, habrá de exigir (dirigiéndose muy claramente a la izquierda peronista): "Es preciso volver a lo que en su hora fue el apotegma de nuestra creación: 'De casa al trabajo y del trabajo a casa'. Sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos pasados" (Roberto Baschetti, compilador, *Documentos 1973-1976, De Cámpora a la ruptura*, volumen 1, Ediciones de la Campana, La Plata, 1996). Es difícil no verlo. En la historia mundial de la clase obrera esa consigna (que pide a los obreros que solamente vayan al trabajo y luego a sus casas) no permanecerá entre las más revolucionarias. "Todo el poder a los Soviets", sin ir más lejos, la supera. Pero –más allá de las ironías– la consigna de Perón era la del pueblo peronista, al que Perón conocía muy bien. "De casa al trabajo y del trabajo a casa" expresaba lo que Perón había conseguido para el pueblo y lo que habría de garantizarle siempre: un trabajo digno y una vivienda digna. Hoy, por ejemplo, ése es un ideal imposible. Hoy es impensable la clase obrera peronista porque es impensable el Estado de Bienestar. Un Estado que –entre 1946 y 1955– aumentó la participación de los obreros en el Producto Bruto Nacional un 33%. Para hacerlo hoy habría que hacer una revolución completa, absoluta, sangrienta. Porque desde la caída de Perón las clases hegemónicas lucharon por disminuir esa participación *escandalosa* de la clase obrera en las ganancias del país. Finalmente, para conseguirlo, tuvieron que matar treinta mil personas e instaurar el Estado neoliberal de Martínez de Hoz que Menem y Cavallo llevaron a su más perfecta expresión. Esta historia, como vemos, es complicada. Expresar esta complicación es *exactamente* nuestro propósito. La experiencia del primer peronismo pueda acaso parecerse a la del varguismo, pero aun así es distinta. De lo que difiere por completo es de los procesos de adaptación del proletariado europeo a la economía capitalista. Pretender estudiarla según esos parámetros es condenarse al error. O a la diatriba. O a interpretaciones que hacen de un Perón un demagogo o un hábil manipulador y de los obreros un material virgen, fácilmente manejable por ese astuto "coronel sindicalista" que captó a los obreros para la "causa de la burguesía". Ni hablemos de la torpeza teórica que implica tomar al marxismo como la ratio occidental que, en la medida en que penetra a los movimientos pre-políticos, los eleva hacia la luz de las verdades del proletariado auténtico. ¿Qué razón es la razón occidental? Es la que condenaron Nietzsche, Freud, Adorno, Horkheimer y Heidegger. Marx creyó que ella llevaría a los obreros a la liberación de los hombres y los llevó hacia nuevas formas de sometimiento. Los socialismos del siglo XX hirieron de muerte esta idea generosa de la historia, pero ella llevaba el germen de la destruc-

ción al haberse incluido en el desarrollo de la racionalidad burguesa poniéndola cabeza abajo. Lenin vio que el desarrollo del capitalismo no encaminaba al surgimiento del "proletariado enterrador de la burguesía" sino al proletariado de las *trade-unions*, de los sindicatos que, en tanto parte del sistema capitalista, sólo deseaban no cambiarlo, sino negociar dentro de éste sus mejoras. Haber "importado" a la Argentina la teleología del *Manifiesto* llevó a malentender el siglo XIX y a ver en el peronismo un movimiento anti-obrero.

OBRERISMO Y CONCIENCIA ANTIPATRONAL

El peronismo no fue anti-obrero. Fue obrerista. No le dio a la clase obrera una conciencia de clase pero sin duda le dio una *conciencia antipatronal*. "Mañana es San Perón/ Que trabaje el patrón", se gritaba a voz en cuello en la Plaza de Mayo. (*Nota*: Es notable el carácter antipatronal del decálogo que se les entregó a los peones de campo para las elecciones de febrero del '46: "No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, ¡rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado y pase a cumplir con la Patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles ni camiones, concurra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma. Pero no ceda ante nada. Desconfíe de todo: toda seguridad será poca". Aquí, en este señalamiento al poder embaucador de los patrones ("¡desconfíe de todo!") está lo irritativo de este primer peronismo. Todo tenía que enfrentarse a semejante actitud. Los Estados Unidos, la oligarquía, la burguesía industrial, los estudiantes cajetillas y el ilustrado grupo *Sur*, con la inefable Victoria, con Georgie y con Bioy, atónitos ante este coronel nazifascista que venía a soliviantarles a los negros. "Amalia, los negros están ensoberbecidos". Largo es el brazo de esa frase de Mármol. Comprendo a los que se opusieron al primer Perón porque el personaje surgía con un ropaje terrorífico para los que andaban con su corazón y su bandera aliadófila y sus amores por la Francia humillada y las glorias guerreras de Gran Bretaña, la dignidad de su Reina y los rugidos de su magnífico león de la batalla, de la sangre, del sudor y de las lágrimas, el espléndido Churchill. Pero, al margen de sus anteojeras aliadófilas, odiaron a Perón porque odiaban desde los orígenes de la nación a la clase social a la que Perón entregaba poder, desdén, insolencia, irrespetuosidad, altanería ante sus amos: a los negros, la chusma, a los que habían nacido para servir y obedecer. ¿Qué era eso de sublevarlos contra sus naturales patrones?) Y los industriales asistían atónitos a los nuevos hechos que ocurrían, a las desobediencias, a las altanerías, a las bravuconadas de los obreros. Un obrero llevaba una carretilla y le faltaban diez metros para depositar su carga en el lugar de destino. Sonaba la sirena del descanso, del almuerzo o del regreso a casa y el obrero dejaba la carretilla en el punto exacto en que se hallaba. "¡Es el colmo!", exclamaban furiosos los patrones. "Ni siquiera son capaces de recorrer diez metros más y terminar su tarea. Hacen su trabajo como si nos lo regalaran." Este era el famoso "odio de clases" que Perón había inculcado. Cuando la señora María Esther Vázquez dice que Perón desarrolló una tarea "demagógica" que llevó al país a "décadas de odio" articula correctamente la visión de la oligarquía. Perón les solivantó a la negrada. Evita les sublevó a las sirvientas. Y la tarea era "demagógica" porque se aprovechaba de los ignorantes obreros en beneficio de los inconfesables intereses del coronel fascista. Interpretación que en muy poco difiere de la que ha dado la "izquierda" con algo más de sofisticación.

Esa *conciencia antipatronal* fue el más alto punto de conflicto que el peronismo estableció con la oligarquía. Nunca pretendió reemplazarla como clase, expropiarla. No habría podido, pero tampoco se lo propuso. Una cosa, sin embargo, condicionó la otra. ¿Con qué iba Perón a expropiar a los Bemberg? (Crítica que la izquierda alegremente le hará durante años.) No los expropió, pero los obligó a lidiar con una clase trabajadora insolente, insumisa y delatora. El tema de la delación es constante entre los "demócratas" que critican al peronismo. Claro que había "delación". Puede estudiarse el fenómeno en la *Amalia* de José Mármol. (Libro, por otra parte, indispensable para entender al peronismo y al país en que vivimos.) El joven romántico Daniel Bello le susurra a Amalia: "Oye, Amalia (...) en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de malhumor, se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. *Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca* (...) los negros están ensoberbecidos" (José Mármol, *Amalia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967, tomo I, p. 29). Más adelante, María Josefa Ezcurra, dibujada por Mármol como un insecto enorme y maloliente, dirá: "Ahora somos todos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o un sombrero nuevo, porque todos somos federales (...). Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es Federación, ¿no es verdad?" (*Ibid.*, p. 312). Luego, al describir a un federal, descubrirá en su rostro (o en su "fisonomía"): "El repugnante sello de la insolencia plebeya" (*Ibid.*, p. 348). Este odio racial y de clase volveremos a encontrarlo en *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy, una reescritura de *El matadero*. Retornemos a la delación. Se acrecentó en las postrimerías del gobierno de Perón con los desdichados "jefes de manzana", medida torpe, sin duda fascista, que ponía al barrio en manos de un capataz arbitrario. Penoso. Pero hubo un miedo muy anterior a ése. En mi casa, que estaba en Belgrano R, en Echeverría y Estomba, en diagonal a la iglesia San Patricio, y que fue, para mí, niño de los "años privilegiados", el hogar más cálido que jamás haya tenido, había una joven de nombre Rosario. Rosario era lo que se llamaba "la sirvienta". Era muy buena. Era la cocinera. Otra señora se encargaba de la limpieza. Mi vieja, que recuerde, limitaba su laboriosidad a indicarles sus tareas. Mi viejo era médico pero había largado la medicina (jamás sabré bien por qué) y ahora tenía una fábrica de metales, mediana, nada del otro mundo, pero próspera. Bien, voy a esto: el 26 de julio de 1952 se muere Evita. Rosario estaba en la cocina. Dan la noticia por la radio. Rosario se pone a llorar. Yo estaba jugando a no sé qué juego de la época en el comedor. Creo que armaba un *Mecano* o asaltaba un fuerte con unos soldaditos. Mi madre andaba por ahí. De pronto, no sé por qué alternativa del juego, yo me largo a reír. Y se oye la voz de Rosario: "Que no se ría. ¡Que no le falte el respeto a la señora!". Mi madre me pegó un mamporro durísimo y, en voz baja pero imperativa, dijo: "¡Callate!". Salió corriendo para la cocina. Me acerqué, paré la oreja y escuché el diálogo. Rosario lloraba y a la vez decía: "Su hijo se está riendo, señora. Evita se murió y él se ríe. Se está burlando". Mi madre, con miedo, trataba de calmarla: "Es un chico, Rosario. Está con sus juguetes. No sabe lo que pasa". La "patrona" tenía que darle explicaciones a la "sirvienta". Eso era nuevo en el país. El miedo de las clases poseedoras se acentuó con los jefes de manzana. (El de mi barrio resultó un buen tipo que nos ayudaba a remontar barriletes y hasta se prendió en un partido de fútbol en el potrero de la vieja iglesia, porque aún no habían construido la nueva. Que es, sí, la iglesia en que mataron a los curas palotinos. Ni el barrio de tu infancia te dejaron sin sangre los militares de Videla, impecables servidores de la oligarquía y de los grupos financieros que tiraron a Perón. Ya veremos mejor todo esto.) Pero había rituales que cumplir. En la fábrica del viejo (yo, a veces, iba de excursión, a curiosear un poco) recuerdo las fotos de Perón y de Evita. Y mi viejo no era peronista. Pero esas fotos eran obligatorias. Y algo inolvidable. Esto sí fue el miedo. Era el 31 de agosto de 1955. Con tres amiguitos jugábamos al *Estanciero* en la mesa del comedor. Un poco más allá, sentados en los sillones, mis padres y mi hermano mayor escuchaban el discurso de Perón. Fue ése en que dijo que un peronista podía matar a otro que no fuera peronista ahí donde lo encontrara. Y que por cada uno de los nuestros que caiga caerán cinco de ellos. Terminó el discurso y mi padre nos reunió a todos alrededor de la mesa. Yo no entendía mucho, pero entendía que algo grave había sucedido porque papá estaba muy serio, preocupado. Por fin dijo una frase que nunca olvidé: "Escuchen bien: a partir de hoy somos todos peronistas". Desde ese día todos tuvimos miedo. Pero no sólo por lo que Perón había dicho. Por los otros, por sus enemigos también. Habían bombardeado la Plaza de Mayo. Ese día, papá tardó mucho en volver. Siempre que regresaba del centro tomaba el 76 en Chacarita y llegaba, por avenida Forest, hasta Echeverría. Ahí se bajaba y caminaba una cuadra hasta casa. El 16 de junio de 1955 me senté en el cordón de la vereda de Avda. Forest y Echeverría y lo esperé durante horas. Tenía doce años. Y ya no era un niño de esa "patria de la felicidad" que pinta Daniel Santoro.

EL TECNICOLOR DE LOS DÍAS GLORIOSOS

Sigamos con Peña. Sostiene la tesis de la revolución que Perón hizo abortar desde la Secretaría de Trabajo y que, fatalmente, se habría producido si el joven proletariado hubiera tenido que luchar por ellas, arrancárselas al Estado burgués, en lugar de recibirlas de éste como una dádiva, como un beneficio de un Estado al que nosotros (no Peña) llamamos "benefactor" para unirlo a la imagen keynesiana, dado que sostenemos que Perón fue un militar keynesiano y que ese keynesianismo hizo lo mejor que se podía hacer en ese momento por los obreros *pero* los modeló con una –digamos– materia prima que les habría de quitar combatividad. Lo veremos en las *Charlas de Mordisquito* de Discépolo. Con su frescura, su talento, el poeta le dirá a su adversario *Mordisquito*, en quien había dibujado al perfecto *contrera* de la época, que el peronismo estaba ganado una

guerra y la ganaba para él, porque también él, el contrera, ganaba esa guerra: "Y la estás ganando mientras vas al cine, comés cuatro veces al día y sentís el ruido alegre y rendidor que hace el metabolismo de todos los tuyos. *Porque es la primera vez que la guerra la hacen cincuenta personas mientras dieciséis millones duermen tranquilos porque tienen trabajo y encuentran respeto"* (Las cursivas me pertenecen). Y más adelante estampa una frase fenomenal, en la que resume lo que muchos sentían, lo que era cierto para la mayoría de los humildes: "Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos". Si se quiere captar la esencia más honda de este texto no hay que pronunciar técnicolor. Menos todavía (como todos saben hoy) technicolor. No: Discépolo decía "tecnicolor". Así se decía en esos años. Nadie "traducía" nada. Las palabras exóticas se pronunciaban como las decía el pueblo. "Firestone". "Colgate". ¡Coca Cola y no Coke! No había Citiphone Banking por ejemplo. ¿Qué era eso? La Farmacia era la Farmacia y hasta la Botica. Pero no Pharmacity. No Open 24 hs. En fin, esto ya se sabe. Discépolo y el peronismo de los cincuenta no estaban globalizados. Pero los textos del vate de la tristeza de los '30 tornado optimista irredento en los '50 (en una radio en que *nadie* podía contestarle, algo que Discépolo debió medir) son trágicos: expresan la *pasividad* del pueblo peronista. La "guerra" la hacen cincuenta personas: el Gobierno, desde luego. Y, en tanto esas cincuenta personas hacen la guerra, dieciséis millones duermen tranquilos. Pocas veces se expresó más clara y drásticamente la diferenciación entre un Gobierno y un pueblo que en algún momento acaso debiera defenderlo, ya que tan suyo era. El pueblo "duerme tranquilo" porque "tiene trabajo y encuentra respeto". ¡Duerme tranquilo! ¿Ese era el "pueblo peronista" al que la JP salió a pedirle la revolución en los setenta? Y no digo esto para validar el foquismo de la guerrilla. No: si tenés ese pueblo te adaptás a él. Te das una política que contemple esos factores. Precisamente las condiciones de posibilidad de constitución de la entidad "pueblo peronista" se ignoró por completo. Se creyó que las masas eran revolucionarias porque iban a la plaza a gritar "la vida por Perón". Era una frase retórica. Nada las había preparado para "dar la vida por Perón". Si esta frase se hubiera tomado en serio la formación de cuadros del peronismo debió apuntar a lo que tardíamente intentó Evita: *las milicias populares*. Hubo atisbos. Hubo barricadas obreras durante el golpe de Menéndez en el '51. Pero fueron atisbos, excepciones. El "pueblo peronista" fue un pueblo feliz. De aquí que esa frase de Discépolo tenga tan elevado valor teórico: *"Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos"*. He visto un bello film (tan hondo, tan bello que habré de retornar sobre él) que lleva por título *Pulqui, un instante en la patria de la felicidad*. Es la cosmovisión que del peronismo tiene el notable (o más que notable) artista plástico Daniel Santoro. El peronismo fue la "felicidad". Fue una etapa de plenitud. Esa temporalidad que también se describe en el *Martín Fierro*, en la que el gaucho tiene casa, prienda y hacienda. Como estamos empezando esta enorme saga, este *gran relato* que es el peronismo nos podemos plantear provisoriamente estas cuestiones que irán logrando, densidad (tragedia, sangre, dolor, cadáveres) a medida que ahondemos en ellas. Pero verlas desde ahora nos permite saber hacia dónde vamos y proponer a la reflexión temáticas que necesariamente habrán de desvelarnos, sorprendernos o paralizarnos por la angustia y la visión intolerable del horror. Los días gloriosos del tecnicolor terminaron. Ese proletariado peronista no estaba listo para la guerra que le hicieron. Pero, hagamos la pregunta: esos migrantes, ese proletariado joven, esos muchachos y chicas de piel oscura que tenían por primera vez casa, trabajo, vacaciones y hasta orgullo, ¿no tenían derecho a vivir esa etapa antes de pasar a la otra, a la que no pasaron, a la de la combatividad para defender lo que el Estado les había concedido? Y otra más: ¿se habría puesto Perón al frente de una revolución o de una insumisión popular? ¿Habría vencido al hombre de orden, al militar que siempre latía en él, al soldado que se había educado en la disciplina, en el respeto al orden, en el odio a la anarquía?

CONSTRUCCIÓN DE PODER Y NUEVO SUJETO POLÍTICO

Creemos que no. Creemos, también, que esto no lo condena. No era un líder revolucionario. No quería darles el poder a los obreros. Quería, sí (y esto era una dura blasfemia en la Argentina que lo recibió en el '45), que los obreros fueran parte del poder. Gobernó, incluso, para ellos. Les dio lo que nadie les había dado. Y lo que nadie les habría dado si no hubiera aparecido él, con su esquema de *construcción de poder* ligado a beneficiar a los pobres, a darles todos los derechos que les dio y que tanto odio despertaron. Hubo dos errores ante este hecho: 1) El de las concepciones clasistas (tipo Milcíades Peña) que le reprochan preservar el "orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista" (*Ibid.*, p. 71). 2) El de la izquierda peronista que creyó que ese "pueblo peronista" pelearía por el socialismo, algo que le era totalmente ajeno. Además –y esto se olvida con excesiva frecuencia– ¿alguien imagina a Perón y a la clase obrera argentina derrotando al orden burgués y a la propiedad privada capitalista en 1945/46/47 cuando Estados Unidos ya había salido de la guerra? ¿Qué piensan que habrían hecho los Estados Unidos? Tenían ya elaborada la doctrina de la lucha contra el nazismo. La Argentina –sostuvieron siempre– era una cueva de nazis. Poco les habría costado esgrimir este aspecto de la cuestión para intervenir directa o –sobre todo– indirectamente armando a quien hubiera que armar, respaldando con dinero o con una acción diplomática feroz a los sectores oligárquicos, conservadores, radicales y comunistas que se habrían alzado ante una revolución nazifascista en la Argentina. Ni hablar del aislamiento diplomático que tal intentona habría padecido. No sólo por parte de Estados Unidos, sino por parte de todo el mundo "libre". ¿Una revolución encabezada por un coronel "filonazi" en 1946? Esto es trabajar en el aire. El primer peronismo hizo lo que hizo. Su jefe era un coronel. Raro que un coronel encabece una revolución proletaria. Pero fue el único que vio al *nuevo sujeto* de la Argentina de los cuarenta. En efecto: verticalmente, desde el Estado les dio todos los beneficios que tuvieron. Así consolidó su poder y convocó el amor de esa clase. Creó los sindicatos. A esos sindicatos (por ausencia de experiencia sindical) fueron los migrantes y no a los sindicatos socialistas que no tenían figuras con carisma ni discurso adecuado para captarlos. De modo que habrá que poner entre paréntesis si fue por "inexperiencia sindical" que no fueron a los viejos sindicatos (lo que carga la responsabilidad en los obreros jóvenes) o por la falta de lenguaje, por el stalinismo y la ausencia total de figuras nuevas, al tono con los nuevos tiempos de los sindicatos tradicionales (lo que les carga la responsabilidad a los viejos socialistas). Transformó al Partido Laborista en Partido Peronista. El coronel era autoritario. Le gustaba concentrar poder. El Partido Laborista no era una creación suya, su héroe era Cipriano Reyes, al que castigó luego duramente. (*Nota*: El destino de este buen cuadro sindical fue particularmente penoso. No hubo golpe de Estado antiperonista que no lo utilizara. La Libertadora lo llevaba por las fábricas para que mostrara a los obreros cómo la policía peronista lo había castrado. También lo usó Onganía y también Lanusse. Y hasta Alfonsín. En 1983, la revista *Superhumor* sacó otra triste nota a Cipriano titulada: "La picana no la inventó el Proceso". Era parte de la campaña radical que optaba por aliviar las culpas de la dictadura con tal de atacar electoralmente al peronismo. Ahí, en esa nota, un viejo Cipriano Reyes –que sólo en estas coyunturas volvía a cobrar una notoriedad que sin duda algún dolor le mitigaba– cumplía una vez más con narrar cómo había sido torturado por la policía peronista. Ahora su relato se ponía al servicio de la campaña de Alfonsín. Todo muy triste. Sin duda, el peronismo lo torturó. Pero el uso que hicieron de él fue lastimoso.) No podía tolerarlo: debía ser peronista. Fue una modalidad del régimen. Dado que, a no dudarlo, se trató de un régimen. Las libertades democráticas fueron erosionadas. Los diarios opositores acallados. *La Prensa* –que era el órgano de la vieja, rancia, rencorosa, desbordante de odio clasista, oligarquía, eso que los muchachos de los setenta llamaban, muy expresivamente convengamos, "la puta oligarquía"– fue cerrada y expropiada. Una medida, qué duda cabe, profundamente antidemocrática, pero que cualquier revolucionario de izquierda habría tomado a lo sumo antes de la media hora de tomar el gobierno. La policía peronista no era amable con esta gente. El 20 de agosto de 1945 la policía allanó el local de la Sociedad Rural. La noticia produjo espasmos entre los redactores de *La Prensa* que dieron la noticia entre el estupor y la indignación ante este manotazo fascista. "Desde 1930 (escribe Milcíades Peña con tono gozoso), los gobernantes conservadores, criaturas incubadas en la Sociedad Rural y el Jockey Club, habían hecho la apoteosis del sable policial, y ahora el sable policial mandaba sobre ellos. Habían perseguido a la prensa opositora, y ahora era perseguida su propia prensa. Sometieron a las asambleas populares a la vigilancia de la policía; (ahora) sus salones se hallaban bajo la vigilancia de la policía. Decretaron el estado de sitio, y el estado de sitio se decretaba contra ellos (...). Habían sofocado todo movimiento de la clase obrera mediante el poder del Estado; el poder del Estado sofocaba todos los movimientos de su sociedad. Se habían rebelado, llevados por el poder de su bolsa, contra los políticos yrigoyenistas; sus políticos fueron apartados de en medio y su bolsa se veía saqueada" (*Ibid.*, p. 76). No pocos problemas les traía el peronismo a la Sociedad Rural y al Jockey Club pese a la condición militar de Perón y a esa clase obrera cuyo rostro el Estado burgués bonapartista había diseñado. De aquí el odio sin límites que aflorará en las jornadas de junio y septiembre de 1955. La izquierda, entre tanto, todos esos dirigentes "socialistas" que figuran en el *Diccionario* de Horacio Tarcus (¡hasta Federico Pinedo figura!), festejaba, en la palabra de Rodolfo Ghioldi, la reorganización del Partido Conservador. Con estos "dirigentes" se iba a llevar a cabo la "revolución" que el peronismo frenó o controló. No hay que perder más tiempo: con el primer peronismo el joven proletariado argentino gana su dignidad, sus derechos, su ideología antipatronal y el sentido de ser parte de la nación con el mismo derecho con que lo eran quienes habían sido sus dueños "naturales". Ya no lo eran. Un obrero valía tanto como un oligarca. Y hasta valía más. Porque el obrero tenía al Estado de su parte. Ese Estado era *su* Estado. Un obrero, además, la tenía a Evita. Aún no hemos hablado de ella porque le dedicaremos el espacio que merece, que requiere para que el peronismo pueda ser explicado. Sin Evita, el peronismo no se entiende. Evita es la que rompe con todos esos esquemas fáciles de ver en el peronismo una mecánica traslación del fascismo italiano. No es que no fuera autoritaria. *Era más autoritaria que Perón*. Ella habría fusilado a Menéndez. Ocurre que era una mujer. Una actriz. Que Perón comete el más transgresor de sus actos (acaso el único verdaderamente "revolucionario") al "meterse" con ella. Llevarla al Palco del Colón. Refregarla en la nariz fruncida de la oligarquía. De los militares machistas. Ni Clara Petacci ni Eva Braun (por darles el gusto a los que quieren que hablemos de las mujeres de los dictadores nazifascistas) hicieron política. Fueron figuras de salón o de dormitorio. Eva fue un cuadro político de excepción y Perón no le puso frenos. Eva fue amada por los humildes como nadie en esta tierra. Como ninguno de los grandes machos de la Argentina. Ni como Rosas, ni como Facundo, ni como Sarmiento, ni como Yrigoyen, ni como Perón. Nadie fue tan amada por el pueblo, nadie fue tan odiada por la oligarquía. Ese hecho –indiscutido– tuvo raíces profundas, motivos racionales, emocionales y hasta religiosos. Pero –no vamos a negarlo *justamente* en este texto– que la oligarquía la haya odiado (¡hasta el punto de escribir "Viva el cáncer" en tanto agonizaba, en tanto se moría sufriendo!) y que el pueblo la haya amado es un atributo, un privilegio que ningún político combativo o contestatario ha tenido tan honda, tan soberanamente, en este país.

PROXIMO DOMINGO

La caída de Perón